



Myriam M. Lejardi

**MISHA
ZHUKOV**
debe
MORIR

HAY AMORES QUE BUSCAN VENGANZA

CROSS
BOOKS

Myriam M. Lejardi

**MISHA
ZHUKOV
debe
MORIR**

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Myriam M. Lejardi, 2025
Ilustración de cubierta de Inés Pérez
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29809-0
Depósito legal: B. 917-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Cuando cree él que empezó

Denver (Colorado)

17 de febrero de 2025

Mikhail Zhukov está convencido de que todo empezó cuando el público decidió odiarlo.

Sucedió después del accidente en el que un desconocido perdió la pierna, su hermana perdió las ganas y él perdió la perspectiva. Y el accidente, a su vez, sucedió el 17 de febrero de 2025.

Por entonces, Mikhail todavía se hacía llamar Misha, tenía veinticuatro años y el futuro brillándole en la palma de la mano.

Aunque muchos han escuchado su historia y a pocos les da pena, presta atención porque es importante saber de dónde viene para entender a dónde está a punto de ir.

Al cumplir dieciocho, Misha formó un grupo de música con su novia, Emily, y un par de amigos en común. El grupo se llamó Iced Eyes por insistencia de la chica, que ya proclamaba la obsesión por sus ojos antes de que salieran juntos. Decía que parecían igual de fríos que él, que cuando se fijaba en alguien durante el tiempo suficiente era capaz de conge-

larlo en el sitio. Tras echarlo a patadas de la banda, no le cambiaron el nombre pese a que no quedara nadie con los ojos de su mismo color. Charlie, su sustituto en la batería, los tiene marrones. También tiene peor ritmo y mejor corazón.

Sus tres primeros años con Iced Eyes fueron felices, ya que la meta era disfrutar de la música que creaba. No resultaba perfecta a nivel técnico, pero sí en todo lo demás porque el único objetivo del arte debería ser darle forma a lo que uno siente.

Después, por desgracia, llegó la fama.

El éxito siempre lo estropea todo, en especial lo artístico, y Misha empezó a notar que un montón de manos que no les pertenecían toqueteaban sus partituras. Opinaban y cambiaban su opinión, consiguiendo que las canciones no sirvieran solo para expresar lo que tenían dentro, sino también para recibir reconocimiento. Así, Henry y Oliver acabaron obsesionados con las nominaciones a los Grammy, Emily con tratar de emular lo que funcionaba en el mercado y Misha con la perfección.

La perfección es mucho más esquivia que el amor (incluido el propio) y la frustración de no alcanzarla llevó a un hombre de veintitrés años a empezar a beber. Buscaba demasiadas cosas en el fondo de la botella, sin entender que solo encontraría errores. Daba un sorbo para calmar la ansiedad, otro para silenciar las críticas y el siguiente para recuperar la creatividad.

Y la noche del 17 de febrero de 2025, después de un sinfín de sorbos que no le sirvieron para nada, su hermana le gritó por última vez. Habían quedado en ir al cine y pasar algo de tiempo juntos. Al llegar a su residencia universitaria para recogerla, Tasya se dio cuenta de que estaba borracho. No era raro, solo triste, y ambas cosas hicieron que se enfadara todavía más con él.

—Llama a Emily para que venga a por ti —le exigió en cuanto se bajó del coche.

—No me jodas, Tasya, solo me he tomado un par de copas. Estoy perfectamente. Venga, sube, que la película empieza en...

—La película acabó hace una hora, Misha. Dame las llaves. —Extendió la mano con la palma hacia arriba y la mantuvo ahí hasta que el otro claudicó—. ¿Está Emily en casa?

—No tengo ni idea.

—¿Habéis vuelto a discutir? Mierda, ¿por qué ha sido esta vez? ¿No os poníais de acuerdo sobre el título de una canción? ¿Te ha repetido que seas simpático con los fans?

Por lo general, Misha se mantenía en silencio (siempre y durante las discusiones), pero esa noche confesó:

—Quiere modificar *Flies* para hacerla más comercial. —Ante las cejas alzadas de Tasya, concretó—: Es el tema que compuse después de la muerte de mamá.

—¿*Flies*? ¿Moscas? Me parece un nombre horrible para una canción que habla del suicidio.

—Tiene sentido.

Tasya encogió los hombros y rodeó el coche para sentarse al volante. Una vez que su hermano se colocó donde el copiloto, le advirtió:

—No pienso arrancar hasta que te abroches el cinturón.

—Así es más emocionante.

—No bromees con eso. Venga.

Diez minutos después, mientras circulaban por la E 8th Ave, Tasya le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste? ¿Es por lo de mamá? Ya han pasado cuatro meses, deberías...

—¿Superarlo?

—Ir a terapia.

—El arte es mi terapia.

—No, Misha. La terapia es terapia. El arte, como tú llamas a encerrarte en el estudio para regodearte en tu propia miseria mientras fumas y bebes más de la cuenta, era tu pasión y ahora es tu trabajo. Punto. ¿Cuál es el problema? Tienes muchísimo dinero, puedes permitirte un psicólogo. ¿Te preocupa qué dirá la gente o...?

—Me la suda, la gente.

Si Tasya supo que mentía, se ahorró hacérselo saber.

—Vas a acabar mal si continuas así. No puedes emborracharte siempre que...

—Tengo veinticuatro años, joder.

—¡Efectivamente! ¡Tienes veinticuatro años y la responsabilidad de mantenernos a ambos económicamente mientras lidias con el duelo de mamá componiendo canciones que a tu novia no le parecen lo suficientemente comerciales! ¡Es demasiado! ¡Necesitas ayuda, Misha!

A medida que perdía la paciencia, presionaba con más fuerza el pedal del acelerador. Y, en el giro a la derecha hacia Logan St, justo cuando un indigente cruzó por donde no debía mientras ella miraba adonde tampoco debía, se perdieron otras tres cosas: la pierna del desconocido al que atropellaron, las ganas de Tasya de enderezar a lo que le quedaba de familia y la perspectiva de futuro de Mikhail Zhukov.

Cuando cree ella que empezó

San Francisco (California)

23 de julio de 2025

Carrie Brennan está convencida de que todo empezó cuando el público decidió quererla.

Sucedió la noche del 23 de julio, después del beso que se ganó y de la sonrisa que se perdió.

Por entonces, a Carrie todavía le costaba pagar las facturas, tenía veinticinco años y la creencia de que el fin siempre justifica los medios. En especial cuando «el fin» significaba comer algo además de arroz y «los medios» implicaban utilizar a algún hombre.

Aunque muchos han escuchado su historia y a la mayoría les resulta graciosa, presta atención porque es importante saber lo que hizo para entender lo que está a punto de hacer.

Al cumplir los veintitrés, el chico con el que llevaba saliendo desde los diecisiete le fue infiel con una amiga en común. Le quitó el futuro que había imaginado, la confianza en los hombres y los miramientos. Cuando se cansó de llorar, Carrie decidió vengarse, así que sedujo al padre divorciado de su todavía muy reciente ex. Al cabo de dos semanas, lo

convenció para que le confesaran el idilio a su hijo durante una cena en el restaurante más caro de Des Moines. Después de que el infiel los mirara con estupor y vomitara la sopa de marisco de vuelta en el plato, Carrie Brennan le dijo:

—No te preocupes, puedes seguir llamándome «mami».

Su antes suegro comprendió en ese instante que todo había sido una estratagema para vengarse de su hijo y estalló en cólera. ¿Le importó a Carrie? Ni lo más mínimo. Rio enseñando mucho los dientes, les lanzó un beso y se marchó después de recoger su abrigo.

La cosa habría quedado ahí si la mujer no hubiera sido igual de rencorosa que impulsiva, porque, cuando se enteró de lo tergiversada que estaba la versión que contaba su ex, se ocupó de corregirlo a lo grande. Creó una cuenta en TikTok, seleccionó un filtro que no le emborronara el millar de pecas de la cara y empezó a hablar:

—¿Quieres que tu ex siga llamándote «mami» después de dejarte por otra? Quédate y te explico cómo lograrlo.

Entre insultos y aplausos, el vídeo se hizo viral y a Carrie le llovieron los seguidores. Cuando acumuló varios cientos de miles, consiguió un representante y las marcas la contrataron para que enseñara sus productos. Al cabo de dos años, sin embargo, el torrente de ofertas se transformó en un goteo y empezó a costarle llegar a fin de mes.

Por eso, la noche del 23 de julio de 2025 pagó un precio prohibitivo por entrar en un local de San Francisco, al que también arrastró a su mejor amiga, a pesar de que tenía que madrugar porque ella sí que había conseguido la campaña con Netflix del día siguiente.

—¿Cuál es el motivo de que esté perdiendo horas de sueño frente a un negroni aguado mientras tú miras el móvil?
—le preguntó Lauren con cariño.

—Es que no lo entiendo.

—¿El qué?

—¿Por qué Netflix no me ha querido para la promo de mañana? Tengo más seguidores que Kane. Doscientos mil, concretamente.

—Quizá, pero él tiene más *engagement*.

Carrie dejó el teléfono sobre la barra pegajosa y resopló con desdén.

—Porque se quita la camiseta a la menor oportunidad. Y cuando la lleva puesta procura que se le moje. A su audiencia no le interesa lo que dice, le interesan sus abdominales.

—¿Y tú qué sabes? Puede que...

—No tiene *haters* —cortó Carrie—. El único motivo que se me ocurre para que no los tenga es que la gente no escucha sus tonterías porque está demasiado ocupada con otra cosa.

Lauren chasqueó la lengua, pero no le quitó la razón.

—Entonces, ¿hemos venido para que ahogues tu frustración en alcohol? Si es así, lamento ser yo la que te diga que no puedes permitirte ni medio bloody mary más.

Carrie dibujó una cara feliz sobre la condensación de su copa.

—No, hemos venido para conseguir visualizaciones.

—¿Cómo?

—Mira a tu alrededor. —Hizo un gesto con el brazo para abarcar el local—. Este sitio, además de carísimo, está lleno de famosos o de aspirantes a ello. Es posible que ambas cosas estén relacionadas. En cualquier caso, mi idea es aprovechar el viaje a California que he pagado de mi propio bolsillo para acompañar a mi mejor amiga a...

—Has pagado el viaje porque querías visitar la clínica de la doctora Jones.

—Pone las mejores tetas y la primera consulta es gratis. —Mordisqueó la pajita entre risas cuando Lauren se frotó las sienes para expresar su hartazgo—. Como iba diciendo, se

me ha ocurrido dejarme caer por aquí para darle un empujoncito a mi narrativa.

—¿Es así como llamas a aprovecharte de un famoso?

—¡Vamos, Lauren! «Aprovecharse» es una palabra muy fea. Tan solo voy a seleccionar minuciosamente a un hombre que tenga cierta repercusión mediática y voy a concederle el honor de besarme.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Grabarlo, por supuesto.

Lauren se atragantó con su negroni aguada.

—¿Piensas subir a tu perfil un vídeo en el que aparezcas seduciendo a un famoso para ganar visibilidad?

—¿No es un plan increíble?

—La gente te va a odiar.

—La gente ya me odia: tengo demasiada personalidad para ser una mujer. ¡Soy hasta graciosa, cómo me atrevo! —Apoyó el codo en la barra y se aproximó a su amiga para susurrar con complicidad—: ¿Te imaginas lo bien que me iría si fuera un hombre?

Lauren no se molestó en llevarle la contraria porque, sí, se lo imaginaba, así que extendió la mano con la palma hacia arriba.

—De acuerdo, dame el móvil.

Carrie sonrió de oreja a oreja y se abrazó al cuello de su mejor amiga.

—¡Te adoro! Y ahora... ¡a buscar a la víctima perfecta!

Al tiempo que recorría la planta baja del local con sus enormes ojos verdes, Lauren le preguntó con genuina curiosidad:

—¿No te dan pena?

—¿Los hombres o los famosos? Da igual la opción que elijas, la respuesta es la misma: no.

—Puedes arruinarle la vida a alguien, Carrie.

—¿Por qué?

—Imagina que el tipo al que te acercas tiene familia y la pierde tras publicarse el vídeo.

—En ese caso, le ahorraré tiempo a quien estuviera soportándolo. No voy a obligar a nadie a hacer algo que no quiere, Lauren, lo que significa que si ese hombre me besa solo porque cree que otra persona no se enterará..., bueno, la persona en cuestión merece enterarse.

—Vaya, así que te consideras una especie de justiciera.

—Nada más lejos. Me considero una mujer que disfruta pagando las facturas. ¿Vas a ayudarme?

—¿No llevo años haciéndolo? —Suspiró de forma exagerada—. De acuerdo, busquemos a alguien.

—Que sea guapo, por favor.

—Pensé que solo necesitabas que fuera famoso.

—Es el requisito principal, pero puestos a... Oh.

Eso fue lo primero que dijo Carrie Brennan cuando vio a Misha Zhukov: «Oh». Lo que pensó, no obstante, fue: «Es demasiado guapo para ser cualquier otra cosa más. Qué lástima».

—Se te van a salir los ojos de las cuencas como sigas abriéndolos —le advirtió Lauren—. ¿A quién estás mirando?

—Al fondo a la izquierda, entre la columna y el cartel de neón verde.

—¿En el que pone «Bye»?

—No, «Smile». El alto con el pelo negro revuelto.

—Da un poco de miedo.

Carrie se volvió con sorpresa hacia su amiga.

—Me provoca muchas cosas y te aseguro que miedo no es una de ellas. —La otra torció el gesto, asqueada—. ¿Es por los pantalones rotos y las botas? Yo creo que le quedan bien.

—No, es por la forma en la que se fija en lo que hay a su alrededor. No me gusta.

—Pues claro que no te gusta, Lauren, eres lesbiana y llevas saliendo con Velvet desde el instituto.

—Me refiero a que tiene algo..., no sé qué es. Pero no parece de fiar.

—Tampoco tenía en mente fiarme de él. De todos modos, no sé si es famoso, ¿qué opinas? ¡Vaya!

—¿Qué?

—No mires ahora, pero Remi Evans acaba de bajar del reservado y viene hacia la barra. Es increíble lo bien que le queda el rojo, está guapísima.

—¿De quién hablas?

Empezó a buscar a su alrededor sin ningún tipo de disimulo hasta que Carrie se colocó delante de ella para no incomodar a la exconcurante de *Trickster*.

—¡La del *reality* que...! Da igual, volvamos al moreno altísimo: ¿te suena de algo?

Lauren lo estudió con atención.

—Lo cierto es que sí, pero no recuerdo de qué.

—Me sirve.

—¿No quieres comprobar quién es antes de acercarte?

—La verdad es que no, pero ojalá sea famoso y este vídeo sirva para algo más que para demostrarle a la gente que me enrolló con hombres atractivos. Deséame suerte.

—Lo que deseo es que recapacites.

—No te pases.

Carrie Brennan se aproximó a Misha Zhukov por el mismo motivo por el que una polilla se aproxima a la luz: porque lo confundió con el Sol. Fue hacia él con la sonrisa tensa como un alambre, convencida de que sería la solución a su problema y no el causante de que menos de un año después vaya a estar en peligro de muerte.

Es irónica la comparación con la polilla y la luz, en realidad. Porque Carrie, con su pelo largo y pelirrojo, su carácter

explosivo y su intencionalidad destructiva, es más parecida al fuego; mientras que Misha, con su mirada vacía y su corta esperanza de vida, recuerda a un insecto desorientado en la noche.

Estaban todavía a tres pasos cuando se fijó en ella y Carrie pudo verle los ojos. Son su mejor rasgo. Hasta sus detractores, mucho más numerosos que quienes continúan apoyándolo, reconocen que son hipnóticos. El iris es de un azul tan claro que parece que se le haya escurrido el color hasta el borde, donde resalta como si se lo repasara cada mañana con un bolígrafo. Pestañas espesas, muy negras, y párpados a media asta, dando a entender que no le interesa lo que tiene delante.

Aunque la mirada de Misha Zhukov fuera la antítesis de la amabilidad, Carrie Brennan se sintió absorbida por ella. Y cuando se detuvo, tan cerca que sus tacones estuvieron a punto de rozar las botas de él, se produjo el momento: su corazón trastabilló, sus nervios se enredaron y su sangre se concentró bajo las mejillas en lugar de en el cerebro. Acto seguido, su hígado se aplastó contra el diafragma para hacerle hueco al estómago, por si acaso lo que había empezado a reptar en él se convertía en mariposas y necesitaba más espacio.

No te equivoques porque ella no lo hizo: lo que le sucedió no fue amor a primera vista, sino atracción. Pero qué de errores se han cometido a causa de la atracción.

Como preguntarle a un desconocido:

—¿Por qué no sonríes?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque tienes la capacidad.

—Pero no los motivos.

La voz y las palabras de aquel hombre eran iguales a sus ojos: insidiosas, hipnóticas y frías.

Lejos de amilanarse, Carrie lo estudió sin ningún tipo de disimulo para tratar de averiguar algo de él. Los vaqueros eran de firma, también el colgante. En contraposición, tenía la pintura negra de las uñas descascarillada y las manos destrozadas, con callos, ampollas y heridas entre el pulgar y el índice, de las que se nota que curan mal porque están obligadas a sangrar con frecuencia. El resto de la piel, al menos la que quedaba al descubierto, parecía sin mácula... hasta llegar a la cicatriz. Le atravesaba el ojo derecho, partiéndole la ceja, y se notaba que tras ella habían cosido una historia desagradable.

—¿Quién eres? —volvió a probar Carrie.

—¿En qué sentido?

La pregunta que le devolvió la hizo sonreír.

—Ya entiendo.

—¿El qué?

—Que debes de ser artista —le contestó y, entonces sí, algo infinitesimal varió en la expresión de él—. Cualquiera habría respondido con su nombre, incluso con su profesión, pero los artistas sois así de intensos. —Interpretó su silencio correctamente y señaló sus manos con un gesto de cabeza—. ¿Escultor?

—Batería.

—Claro, los dedos. —Misha se examinó la palma y Carrie concretó—: No me refiero a las heridas, sino a que no paras de moverlos. Hace un momento seguías el ritmo de la canción contra el botellín de cerveza. Entonces, ¿eres famoso?

—¿No me conoces?

—¿Siempre respondes a las preguntas con otras preguntas? De todos modos: no, no te conozco. ¿Acaso me conoces tú?

—¿Debería?

—Por supuesto: todo el mundo sabe que me enrollé con el padre de mi ex para vengarme de él. ¿Me das un sorbo de tu cerveza? Gracias. Me gustan tus ojos —le confesó por impulso—. Bueno, me gusta el izquierdo.

No le pasó desapercibida la tensión en los hombros de Misha ni lo afilado de su voz cuando respondió:

—Son iguales.

—Sí que lo son, pero no dicen lo mismo. Este guarda secretos, mientras que el otro —señaló el derecho— parece mudo. Te concedo que la cicatriz es sexy, eso sí. ¿Cómo te la hiciste?

—En un accidente de coche.

—Vaya, lo siento. ¿Qué sucedió?

—Atropellé a alguien.

Tras revelarle aquello, Carrie sintió que la examinaba con más detenimiento, como si estuviera escaneando su corazón para descubrir cómo se sentía. Cuando más tarde buscó información sobre él, se enteró de algunos detalles del accidente: que Misha había dado positivo en el control de alcoholemia que le hizo la policía, que su hermana de diecinueve años iba en el asiento del copiloto, y que la persona a la que atropelló no le denunció, pese a haber perdido la pierna.

Se enteró de más cosas y, aun sabiendo por experiencia cómo funciona internet, decidió creérselas: como que Misha era un hombre prepotente e inaccesible con problemas de alcoholemia, con el que ni siquiera su hermana, que también era su única familia, hablaba. Gracias a interpretar eso como cierto, le resultó más fácil odiarlo y digerir lo que de verdad le revolvía el estómago: que el beso más interesante que le habían dado, ese que reprodujo una y otra vez en su imaginación mientras regresaba a su hotel, vino de parte de un hombre con novia... O eso opinó todo el mundo porque él no se molestó en defender lo contrario.

Volviendo al momento posterior a la revelación de Misha: tras examinar a la mujer y no hallar lo que fuera que estuviera buscando, se giró y comenzó a caminar en dirección a las escaleras que conducían a los reservados.

Ella lo agarró del antebrazo y le dijo:

—Mi nombre es Carrie Brennan.

El batería examinó el punto en el que se tocaban, primero, y la sonrisa afilada de la *influencer*, después.

—¿Por qué querría saberlo?

—Por si te apetece buscarme en internet para averiguar qué opina todo el mundo de mí.

Misha dejó el botellín de cerveza en una repisa cercana, apoyó la espalda contra la columna y se cruzó de brazos. A continuación, cerró los ojos y respiró hondo. Una, dos y hasta tres veces.

Al volver a abrirlos, exigió:

—Hazme un resumen.

—¿De lo que dicen sobre mí? —Tras el asentimiento, y a sabiendas de lo fácil que era perder la atención de aquel hombre, Carrie se sinceró—: Al principio la gente estaba dividida entre quienes me encontraban graciosa y quienes me encontraban despreciable. Los primeros acabaron olvidándose porque la simpatía tiene las patas muy cortas. El desprecio todo lo contrario, así que los ofendidos siguen ahí.

—¿Te odian?

—Muchos sí.

—¿Y cómo te sientes por ello?

—Frustrada, supongo.

Misha chasqueó la lengua para dejar patente su decepción.

—Qué vago.

—Es normal estar...

—Claro que lo es —la interrumpió él—. Y poco arriesgado.

—¿A qué te refieres?

—A que parece la respuesta que ofrecerías a quienes te odian para intentar darles pena y que cambiaran de opinión.

—Pero no...

—¿Qué más? —volvió a cortarla—. Te frustra que te detesten, sí, ¿y qué más?

—Nada. Evidentemente, estoy por encima de...

—Nadie lo está. ¿Qué más?

—Es imposible gustarle a todo...

—No me importa. ¿Qué más, Carrie Brennan?

Sus sentimientos llevaban demasiado tiempo guardados, así que le supieron agrios en la lengua cuando los escupió:

—También los odio.

—¿Por qué?

—Porque a veces consiguen que me crea sus insultos —reconoció a regañadientes—. Y porque no sé quién soy cuando no me lo dicen.

—¿Te vengarías de ellos?

Carrie parpadeó despacio, sin comprender a qué se refería Misha. Admitió para sí que se había equivocado: ese hombre era otra cosa además de guapo. Que fuera una buena todavía estaba por ver.

—¿Cómo?

—Igual que te vengaste de tu ex usando a su padre. ¿Te vengarías de los desconocidos que te odian? ¿Te haría sentir bien que ellos se sintieran mal?

—Es imposible que...

—¿Lo harías?

—Sí, lo haría.

Se produjo un cambio fundamental en la expresión de Misha. Sus comisuras no se alzaron ni un ápice, pero hubo algo... Tal vez que sus ojos brillaron, tal vez que sus labios parecieron menos decepcionados y más burlones. Carrie

comprendió, entonces, que no estaba preparada para su sonrisa, y agradeció que la mantuviera bajo llave.

—Soy Misha Zhukov.

—Es un nombre precioso.

—Lo que encuentres cuando lo introduzcas en el buscador no lo será.

—¿Qué dicen en internet de ti?

—La verdad.

Hubo muchas cosas que encantaron a Carrie de Misha. Las esperadas, como su aspecto y el modo en el que su voz le reverberaba en los huesos. Y las inesperadas, como el orgullo que sentía cada vez que lograba arrancarle una palabra y la tristeza que se adivinaba más allá de su frialdad.

Aunque después se esforzó en mentirse a sí misma y negárselo, ese fue el motivo de que le pidiera un beso. No olvidó su misión de conseguir visualizaciones, tan solo pesó infinitamente menos que la curiosidad que le despertó aquel hombre. Más que quién era, Carrie necesitó saber por qué era.

—Te ofrezco algo.

—¿El qué?

—Un beso de buenas noches.

—¿Para qué?

En lugar de ofenderse, Carrie se echó a reír y respondió:

—¿Qué clase de pregunta es esa? Para disfrutarlo, claro.

—Me cuesta disfrutar las cosas.

—Estoy convencida que te gustará.

—¿En qué te basas?

—En que soy una mujer guapísima.

—¿Y?

—¿Cómo que...? —Ensanchó la sonrisa—. Me sorprende tener que explicarte el papel que juega la atracción en el sexo y derivados.

Misha se inclinó sobre ella, deteniéndose justo cuando sus narices estaban a punto de tocarse. Su susurro se sintió como el roce de un bloque de hielo:

—Tu físico me es indiferente. No vas a conseguir atraerme gracias a tu piel, da igual lo mucho que la expongas. —Fue recorriendo las partes que mencionaba con el dorso de la mano—. No vas a conseguir atraerme gracias a tu pelo, da igual lo mucho que te lo toques. No vas a conseguir atraerme gracias a tu boca, da igual lo mucho que te la muerdas. No vas a...

Carrie lo agarró por la muñeca antes de que rozara el cuello halter de su top. Estaba todavía más fascinada que ofendida.

—¿Y cómo consigue alguien atraer al artista intenso y atormentado?

—Con lo que hay debajo de todo eso.

—¿Es una indirecta para que me desnude?

—Sabes que no.

La mujer soltó una carcajada.

—Eres tan diferente y auténtico...

—¿Te burlas de mí, Carrie Brennan?

—Desde hace rato, gracias por notarlo.

—Y a pesar de todo quieres que te bese.

Se le erizó la piel por la absoluta convicción con la que Misha afirmó aquello.

—También me estaba burlando de ti con eso.

—Mientes bien, pero no tan bien.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—La manera en la que me miras.

—¿Y cómo te miro?

—Como si se te hubiera olvidado lo que es el aburrimiento.

Carrie frunció el ceño.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Me refiero a que la atracción es justo eso: lo opuesto al aburrimiento. Da igual lo guapo que te parezca...

—Cuidado. La línea que separa la seguridad del narcisismo es muy fina.

—... porque lo que provoca que quieras que sigamos teniendo esta conversación es que te entretengo —prosiguió él, sin inmutarse—. ¿Te follarías a alguien que te resulta insoportable tan solo porque tiene un cuerpo bonito?

—Tu teoría es muy... elevada, supongo, pero te recuerdo que me he acercado porque te he visto de lejos y me ha gustado tu cara.

—¿Fue mi cara la que te animó a venir o fue mi actitud?

Parte de la suficiencia de la que había hecho gala Carrie se evaporó, dejándole hueco a la posibilidad de que aquel desconocido tuviera razón.

—En ese caso, Misha, ¿te entretengo lo suficiente para que quieras besarme?

Los ojos de él perdieron la primera capa de hielo cuando le recorrieron la cara hasta llegar a los labios. Después, preguntó:

—¿Qué palabra utilizarías para definirte?

—Superviviente. ¿Cuál utilizarías tú?

—Decepcionado.

—¿Conmigo?

Se miraron durante el minuto más corto de sus vidas. Porque cuando está a punto de suceder algo que cambiará el rumbo de las cosas, el futuro, cruel como solo él sabe serlo, coge carrerilla para que no dé tiempo a esquivarlo.

—¿Cuánto has bebido?

—Medio bloody mary. ¿Y tú?

—No lo suficiente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mañana despertaré.

Carrie no entendió la broma macabra debido a que, a diferencia de Misha, es una persona que se aferra a la vida con uñas y dientes.

—Promete que no nos volveremos a ver después de esto —exigió él.

—Prometo no buscarte. ¿Tanto te desagradaría?

Como si lo hubiera hecho mil veces antes, Misha colocó la mano sobre la cintura de Carrie.

—Prefiero las cosas que terminan.

—¿Hablas de relaciones de una noche?

—Hablo de todo.

De pronto, quiso rectificar y pedirle tres besos.

Uno para romperle los esquemas.

Otro para acostumbrarse.

Y el último para saborear la pena de no volverlo a besar.

Adivinó que experimentarlo todo a la vez sería demasiado. Demasiado brusco, demasiado intenso, demasiado triste.

Como él.

Cuando el beso salga a la luz, ninguno de los dos se pondrá de acuerdo sobre quién dio el primer paso. Carrie mantendrá que fue Misha el que la atrajo hacia sí. «Tengo pruebas», dirá al día siguiente mientras enseñe la mancha de sangre que dejaron las heridas de él en su ropa. Misha, por otro lado, se convencerá de que fue Carrie la que, tras tirar de su nuca, redujo la distancia.

La verdad, como sucede en la mayoría de las ocasiones, se encuentra entre ambas afirmaciones: Misha tiró de la cintura de ella, Carrie de la nuca de él y sus bocas colisionaron como el desastre natural que estaban destinados a ser.

Y aunque tampoco se pondrán de acuerdo sobre quién fue el primero en apartarse, sabrán que carece de importancia porque ninguno quiso hacerlo. Se notó en cómo clavaron

las uñas en la piel del otro, en el jadeo que dejaron atrás y en el modo en el que se miraron al terminar.

—¿Y bien? ¿Lo has disfrutado?

—Puede ser —concedió él.

—Entonces, ¿por qué no sonríes?

Carrie siempre ha sido más optimista que Misha, por lo que esperó su respuesta durante un minuto entero. Lejos de molestarse al no recibirla, fueron sus comisuras las que apuntaron al techo cuando se inclinó para depositar un segundo beso, muy breve y muy significativo, sobre la mejilla de aquel hombre.

—Ha sido un placer, Misha Zhukov. —Dio un paso hacia atrás y notó la resistencia que hicieron los dedos del batería sobre su piel—. Pero lo prometido es deuda, así que... hasta nunca.

Se volteó justo cuando él utilizó el dorso de la mano para limpiar el carmín que le había dejado en los labios.

Mientras regresaba junto a Lauren, decidió que quería ese beso solo para ella. Buscaría a otro famoso al que utilizar, esa noche o la siguiente, y se limitaría a fantasear con volver a cruzarse con el artista intenso de ojos fríos.

Por suerte o por desgracia, Lauren recordó de qué le sonaba Misha. Así que, en cuanto Carrie se sentó junto a ella en la barra, le dijo:

—Es el batería de Iced Eyes. Es un grupo de rock bastante famoso y lo mejor es que... ¿está saliendo con la cantante, Emily no sé qué!

Lauren nunca quiso hacerle daño, de hecho, estaba convencida de que la noticia la alegraría: cuanto más polémico fuera el beso, más repercusión tendría. Por eso le extrañó que su amiga abriera los ojos como platos y tensara la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes.

—¿Qué pasa? —Le tendió de vuelta el teléfono—. No tie-

nes por qué subirlo si te preocupa cómo se lo vaya a tomar la gente. ¿Es por la novia? Pensé que...

—Por supuesto que no —mintió Carrie con sequedad—. Te lo dije antes: si Misha Zhukov me ha besado creyendo que alguien no se enterará, ese alguien merece enterarse.

—Entonces, ¿por qué pareces decepcionada? —preguntó con tiento.

Carrie pensó en lo irónico que resultaba que precisamente esa palabra fuera con la que se había definido Misha. Sin pararse a pensar en el motivo del sentimiento que le deformaba la expresión, buscó en internet los nombres de usuario de Iced Eyes, Misha y Emily para etiquetarlos en el vídeo que había grabado Lauren.

—Porque todos los hombres son iguales.

Y aunque aquel beso que duró tres latidos los perseguirá hasta que se vuelvan a ver, esta historia no empezó ahí, da igual de lo que esté convencida Carrie Brennan.